gunos apéndices, está enriquecida por un extenso prólogo de Alfonso Bullón de Mendoza, en el que realiza una síntesis del estado de la cuestión basado en la bibliografía más reciente sobre las guerras de la Vendée y su interpretación que, además de establecer la causa desencadenante de la guerra, orienta sobradamente al lector que desee profundizar en el tema con otras lecturas.

De fácil y amena lectura, resulta obligada para quienes deseen conocer esa epopeya y, sobre todo, constituye un ejemplo y un estímulo para quienes se oponen a la sociedad moderna, heredera de aquella Revolución que destruyó las bases sociales e intelectuales, naturales y divinas, de la civilización cristiana.

ESTANISLAO CANTERO

Monseñor doctor Emilio Silva de Castro: LA VIRGEN DE GUADALUPE, REINA DE MEXICO Y EMPERATRIZ DE LAS AMERICAS

El padre Emilio Silva de Castro es un sacerdote español que lleva muchos años evangelizando en Hispanoamérica. Es catedrático de la Universidad de Guanabara, profesor de otros centros universitarios iberoamericanos, especialmente de Brasil, y miembro destacado de entidades culturales, filosóficas y jurídicas de aquellos territorios, Comendador de la Orden de Isabel la Católica, etc.

Constante defensor de la Hispanidad, con entrañable amor a México, ha escrito la obra que reseñamos, cuyo contenido es bastante más amplio que el que indica el título, pues, añadido al fervor mariano centrado en la Virgen de Guadalupe como animadora del descubrimiento y civilización americanos, el libro constituye una verdadera historia del indicado descubrimiento y civilización, lleno de amor a la madre patria, que procura des-

(4) Aunque se trata de una buena traducción, me permito apuntar, para sucesivas ediciones, una revisión, no solo respecto a la forma española de algunos topónimos, sino a diversas expresiones como su Majestad *muy cristiana* en lugar de cristianísima, *oímos disparar repetidos cañonazos* o *cañonazos disparados* en lugar de oímos repetidos cañonazos o cañonazos (sin más), algun galicismo como *masacrarlos* y, sobre todo, el error permanente de confundir *abbé* con abad, que no se emplea en esa acepción española sino en la de cura, sacerdote o simple clérigo que aún no ha sido ordenado sacerdote.

(*) Prólogo de Antonio Caponnetto. Editorial Procultura Occidental A. C., Guadalajara, Jalisco, México, 1995, 537 págs., rústica.

Fundación Speiro

montar con sólidos argumentos y abundante aportación documental la *leyenda negra,* que con frecuencia se suele divulgar, incluso por oriundos españoles, sobre la esforzada y meritoria labor civilizadora y humanitaria de conquistadores y misioneros de nuestra patria en las extensas tierras descubiertas por Colón, con el patrocinio de los Reyes Católicos, poblados por indígenas rudimentarios, enfrentados en luchas fratricidas constantes y con prácticas y ritos crueles y sanguinarios.

El autor inicia el libro con una profunda síntesis de teología mariana, que ocupa los cuatro primeros capítulos.

El capítulo V, entrando ya en materia histórica, trata de la situación moral y religiosa en la América precolombina, con guerras crueles interminables, ritos sangrientos y prácticas viciosas. Los Mayas, los Incas y los Aztecas, eran los más cultos, pero en general adoraban al sol y fenómenos atmosféricos e incluso a determinados animales. En todos los lugares se practicaban sacrificios humanos y la antropofagia era costumbre generalizada.

El capítulo VI trata de los Reyes Católicos y el Nuevo Mundo. Especialmente se refiere a Isabel la Católica, verdadera madre de América. Hace cincuenta años, el humanista Martín de Olmedilla hacía votos porque algún día no lejano fuese canonizada la gran reina española. Así se esperaba ansiosamente por muchos hispanos al cumplirse el Quinto Centenario del Descubrimiento. Pero la oposición de elementos antiespañoles, pretextando motivos ecuménicos y campañas de inspiración judía o musulmana, hicieron que se bloquease el proceso ya avanzado en Roma. Al iniciar su reinado, Isabel la Católica encontró la nación en plena anarquía y desorden. Su primera preocupación fue hacer justicia y restablecer la confianza ciudadana y la paz pública. En poco tiempo desarrolló una labor sobrehumana, como escribe Menéndez Pelayo: «Se unieron Aragón y Castilla; se incorporó Navarra; se conquistó Granada; se recobró el Rosellón; se conquistó Nápoles; se penetró en Africa con el Oranesado, etc.». Como culminación, Colón, con su patrocinio, descubrió América, iniciando su civilización bajo el signo de la Cruz: la obra más portentosa que conocieron los siglos, como escribe López de Gómara en la dedicatoria al Emperador Carlos V de su obra sobre la Conquista de Méjico, después de la Creación del Mundo, exceptuando la Encarnación, Redención y Muerte de Cristo Salvador.

Las Leyes de Indias y las Instrucciones a los conquistadores y administradores de aquellos extensos territorios, no podrían haber sido más humanitarias y bienhechoras. Nunca fueron considerados Colonias sino prolongación de la Metrópoli, los indios eran considerados iguales a los españoles, debían ser instruidos

Fundación Speiro

en la Religión Católica y respetados en sus bienes, fomentándose la unión matrimonial con los descubridores, formándose así una progenie común hispano-indígena.

El capítulo VII y siguientes se ocupan de la Epopeya evangelizadora, alabada por León XIII y que Pío XII, al que podría considerarse como el Papa de la Hispanidad, califica como una obra «gigante, con la que España rompió los viejos límites del mundo conocido, descubrió un continente nuevo y lo evangelizó para Cristo».

Emilio Aguinaldo, caudillo de la rebelión filipina contra España, no dudó en declarar más tarde que «España, por medio de la fe cristiana, elevó a sus colonias a su propio nivel, comunicándoles los mismos cánones espirituales y morales que ella profesaba».

Antes que en ningunos otros territorios dependientes de otros países, en los españoles de Ultramar se crearon Universidades, se establecieron hospitales y se levantaron iglesias. La actividad básica fue misionera, y ahí está, en pie de igualdad con la metrópoli, la multitud de naciones generadas por el tronco común que inventó el mestizaje para mezclar su sangre con la de los aborígenes. Las Encomiendas se establecieron para proteger a los indígenas y, aunque se dieron algunos abusos, su labor fue en general benefactora. Además de los Virreinatos, con carácter político, se crearon Audiencias con funciones judiciales y Corregidores para una mejor administración local.

Enemigos de España y del Catolicismo, difundieron una leyenda negra, denigrando su labor civilizadora americana. Pero investigadores serios, incluso algunos protestantes como el norteamericano Charles Lummis, en sus obras *Los Conquistadores Españoles del siglo XVI* y *Pioneros Españoles,* divulgaron la extraordinaria epopeya española: «A mediados del siglo XVI ya funcionaban en la América española las Universidades de Lima y Méjico, y de ellas salían numerosos graduados, no sólo en Teología, sino también en Artes, Filosofía y Medicina». «Ha habido en América, escribe Lummis, escuelas para los indios desde el año 1524, y, en 1875, casi un siglo antes de que hubiese alguna imprenta en la América inglesa, se habían impreso en Méjico muchos libros en doce dialectos indios, y existían, con semejante antigüedad, tres Universidades antes de que se fundase la de Harvard». Era preocupación constante de los reyes, especialmente los de la Casa de Austria, que se diese buen trato a los indios y que se les instruyese en la doctrina católica.

Con ocasión del Quinto Centenario del Descubrimiento, el actual Pontífice Juan Pablo II ha elogiado la labor civilizadora

Fundación Speiro

de los españoles en América, y ha manifestado que la mayor parte de la población católica del mundo, a las puertas del tercer milenio, proviene de la evangelización española en el Nuevo Mundo.

En el capítulo XIII, el autor pone de relieve la devoción a la Virgen María de los descubridores, misioneros y civilizadores de América. Animados con este espíritu e impulsados por el deseo de extender las tierras que ofrecer a Cristo, con enormes penalidades y peligros, Magallanes inicia la vuelta al mundo, que termina Núñez de Balboa; se descubren las *Marianas,* bautizadas así en honor de la Virgen; el padre Urdaneta inicia la evangelización de las Filipinas y establece una ruta segura entre este archipiélago y Méjico; se multiplican los viajes y en todos los sitios el nombre de la Virgen es puesto a territorios o parajes. En todos los lugares se establecen escuelas para enseñar a los nativos el idioma español, algún oficio y, sobre todo, se les instruye en la religión católica. Se tenía buen cuidado de que no fuesen a las tierras descubiertas judíos, mahometanos o herejes, con objeto de evitar causas de discordia, lo que contribuyó en gran manera a la paz social en los pueblos que se civilizaban.

En Brasil, a cargo de los portugueses, los criterios eran similares a los de los españoles. No hay que olvidar que España y Portugal eran ramas hermanas del mismo tronco común hispano o ibérico y que, durante aproximadamente un siglo, ambas naciones formaron un mismo reino.

En los capítulos XVII al XX insiste el autor en la terrible situación en que se encontraba Méjico en la época del descubrimiento. Y en el XX trata de la portentosa conquista y civilización del territorio por Hernán Cortés, que despues de ocupar la capital con valor y habilidad extraordinarios, destrozó los ídolos adorados por los aztecas, que justificaban las atrocidades exterminadoras de la población por sus gobernantes que les ofrecían sacrificios humanos, practicando la antropofagia y vicios nefandos, lo que le granjeó el apoyo de las presumibles víctimas; entronizó en su lugar la Cruz y una imagen de la Virgen; dispuso la evangelización en la doctrina católica que ordena amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo; e impulsó una civilización integradora con gran amor a las nuevas tierras y súbditos, que bien merecen sea considerado como el padre y fundador de Méjico, como le reconocen estudiosos sensatos, mientras que apasionados inconsecuentes le niegan o discuten.

Los capítulos XXI a XXIV se refieren a la Virgen de Guadalupe, Pattona de Méjico y Emperatriz de América, con relato de las apariciones y características de la imagen, estampada en la

Fundación Speiro

capa del indio Juan Diego, sin materiales conocidos por el hombre y en cuyos ojos se encuentran reflejadas las figuras de quienes estuvieron presentes en la entrevista con el obispo Zumárraga.

Los capítulos XXV a XXX se ocupan de la persecución religiosa en Méjico, especialmente por Calles, con relato de los heróicos sacrificios de los *Cristeros,* con detalles escalofriantes de fe y fortaleza con que muchas de las víctimas del odio antirreligioso afrontaron el martirio. Cuando los Cristeros, que defendían la libertad para practicar la religión en su patria, tenían la victoria al alcance de la mano, se convinieron, a sus espaldas y sin consultarles, unos «acuerdos», por dos obispos con el sucesor de Calles, Portes Gil, que los aceptó ante su comprometida situación.

Los acuerdos, por lo demás muy poco generosos y reducidos a unas concesiones mínimas por el poder político, no fueron cumplidas por el Gobierno y provocaron algunos años después, bajo el mando de Cárdenas, una Carta Apostólica de Pío XI sobre la delicada situación religiosa en Méjico, con una Constitución, de 1917, peor aún que la precedente, en esta materia, y con una legislación complementaria anticatólica como hay pocas.

La masonería, el judaismo y el protestantismo norteamericanos, influyeron grandemente en esta penosa situación de la Iglesia en Méjico, antes y después de la Cruzada Cristera.

Termina el libro con un recuerdo emocionado a la Hispanidad, como fórmula de gobierno cristiano universal, con mención de los nombres de Maeztu, Pablo Antonio Cuadra, Junco y otros, y una fervorosa invocación a la Virgen de Guadalupe, como Emperatriz de América.

En resumen, una magnífica obra, cuya lectura será muy beneficiosa, sobre todo en la juventud que quiera tener una idea objetiva de la conquista y civilización de América bajo el signo de la Cruz y la devoción a la Santísima Virgen, especialmente en su advocación de Guadalupe.

GABRIEL ALFÉREZ CALLEJÓN

Fundación Speiro